



## LA AUTORA

### Isabel Allende

Isabel Allende, hija de padres chilenos, nació en Lima, Perú, en 1942. Vivió en Beirut durante su infancia y luego en Santiago de Chile. En 1973, a causa de los conflictos políticos y sociales por los cuales pasaba el país, Allende se fue a vivir en el exilio. Hoy vive en los Estados Unidos. Su vida como escritora comenzó en Chile donde escribió para la revista feminista *Paula*. Sus artículos pronto la hicieron muy popular entre sus lectores.

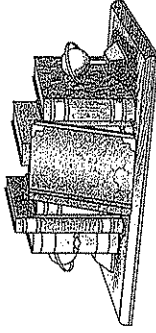
Entre las obras que la ayudaron a aparecer en el ámbito mundial se encuentran *La casa de los espíritus* (1982), *Eva Luna* (1987), *Cuentos de Eva Luna* (1989), *El plan infinito* (1992), *Paula* (1992), *Afroclita* (1998) e *Hija de la fortuna* (1999). La casa de los espíritus fue la obra que le permitió ser reconocida a nivel internacional. Esta novela cuenta la historia de la familia Trueba durante años de grandes cambios políticos. En ella aparecen muchos personajes que están basados en miembros de la familia de Allende. En 1993 se hizo una película basada en la novela. El cuento que vas a leer aparece en la colección *Cuentos de Eva Luna*. Muchos de estos cuentos están basados en incidentes que aparecieron en los diarios de Caracas, Venezuela, mientras la autora vivía allí.

## Al leer

En este cuento Isabel Allende nos presenta la vida de una mujer que fue traicionada. Mientras lees, presta atención a estos puntos:

- cómo conoció Analía Torres a su futuro esposo
- la relación que tenía Analía con su esposo una vez que se casaron
- lo que Analía descubrió a través de su hijo y lo que hizo al final del cuento

## Lectura



# Cartas de amor traicionado

Isabel Allende

La madre de Analía Torres murió de una fiebre delirante cuando ella nació y su padre no soportó la tristeza y dos semanas más tarde se dio un tiro de pistola en el pecho. Agonizó varios días con el nombre de su mujer en los labios. Su hermano Eugenio administró las tierras de la familia y dispuso del destino de la pequeña huérfana según su criterio. Hasta los seis años Analía creció aferrada a las falda de un ama india en los cuartos de servicio de la casa de su tutor y después, apenas tuvo edad para ir a la escuela, la mandaron a la capital, interna en el Colegio de las Hermanas del Sagrado Corazón, donde pasó los doce años siguientes. Era buena alumna y amaba la disciplina, la austeridad del edificio de piedra, la capilla con su corte de santos y su aroma de cera y de lirios, los corredores desnudos, los patios sombríos. Lo que menos le atraía era el bullicio de las pupilas y el acre olor de las salas de clases. Cada vez que lograba burlar la vigilancia de las monjas, se escondía en el desván, entre estatuas decapitadas y muebles rotos, para contarse cuentos a sí misma. En esos momentos robados se sumergía en el silencio con la sensación de abandonarse a un pecado.

Cada seis meses recibía una breve nota de su tío Eugenio recomendándole que se portara bien y honrara la memoria de sus padres, quienes habían sido dos buenos cristianos en la vida y estarían orgullosos de que su única hija dedicara su existencia a los más altos preceptos de la virtud, es decir, entrara de novicia al convento. Pero Analía le hizo saber desde la primera insinuación que no estaba dispuesta a ello y mantuvo su postura con firmeza simplemente para contradecirlo, porque en el fondo le gustaba la vida religiosa. Escondida tras el hábito en la soledad última de la renuncia a cualquier placer, tal vez podría

couldn't tolerate  
se... shot himself with a pistol

clinging / housekeeper  
guardian

bare  
bustle / boarders / pungent  
lograba... managed to evade  
attic

sin

rules

?  
behind

30	encontrar paz perdurable, pensaba: sin embargo su instinto le advertía contra los consejos de su tutor. Sospechaba que sus acciones estaban motivadas por la codicia de las tierras, más que por la lealtad familiar. Nada proveniente de él le parecía digno de confianza, en algún rescuicio se encontraba la trampa. Cuando Analía cumplió diecisiete años, su tío fue a visitarla al colegio por primera vez. La Madre Superiora llamó a la muchacha a su oficina y tuvo que presentarlos, porque ambos habían cambiado mucho desde la época del ama india en los patios traseros y no se reconocieron.	75	el escaso contacto que la joven había tenido con sus familiares. —Ella es la única alumna que nunca sale de vacaciones y a quien jamás le han mandado un regalo de Navidad —dijo la monja en tono seco. —Yo no soy hombre de rimos, pero le aseguro que estimo mucho a mi sobrina y he cuidado sus intereses como un padre. Pero tiene usted razón, Analía necesita más cariño, las mujeres son sentimentales.
35	—Veo que las Hermanitas han cuidado bien de ti, Analía —comentó el tío revolviendo su taza de chocolate—. Te ves sana y hasta bonita. En mi última carta te notifiqué que a partir de la fecha de este cumpleaños recibirás una suma mensual para tus gastos, tal como lo estipulé en su testamento mi hermano, que en paz descanse. —¿Cuánto? —Cien pesos. —¿Es todo lo que dejaron mis padres? —No, claro que no. Ya sabes que la hacienda te pertenece, pero la agricultura no es tarea para una mujer, sobre todo en estos tiempos de huelgas y revoluciones. Por el momento te haré llegar una mensualidad que aumentaré cada año, hasta tu mayoría de edad. Luego veremos. —¿Veremos qué, tío? —Veremos lo que más te conviene. —¿Cuáles son mis alternativas? —Siempre necesitarás a un hombre que administre el campo, niña. Yo lo he hecho todos estos años y no ha sido tarea fácil, pero es mi obligación, se lo prometí a mi hermano en su última hora y estoy dispuesto a seguir haciéndolo por ti. —No deberá hacerlo por mucho tiempo más, tío. Cuando me case me haré cargo de mis tierras. —¿Cuándo se case, dijo la chiquilla? Dígame, Madre, ¿es que tiene algún pretendiente? —¿Cómo se le ocurre, señor Torres! Cuidamos mucho a las niñas. Es sólo una manera de hablar. ¡Qué cosas dice esta muchacha!	80	Antes de treinta días el tío se presentó de nuevo en el colegio, pero en esta oportunidad no pidió ver a su sobrina, se limitó a notificarle a la Madre Superiora que su propio hijo deseaba mantener correspondencia con Analía y a rogarle que le hiciera llegar las cartas a ver si la camaradería con su primo reforzaba los lazos de la familia.
40	—¿Veremos qué, tío? —Veremos lo que más te conviene. —¿Cuáles son mis alternativas? —Siempre necesitarás a un hombre que administre el campo, niña. Yo lo he hecho todos estos años y no ha sido tarea fácil, pero es mi obligación, se lo prometí a mi hermano en su última hora y estoy dispuesto a seguir haciéndolo por ti. —No deberá hacerlo por mucho tiempo más, tío. Cuando me case me haré cargo de mis tierras. —¿Cuándo se case, dijo la chiquilla? Dígame, Madre, ¿es que tiene algún pretendiente? —¿Cómo se le ocurre, señor Torres! Cuidamos mucho a las niñas. Es sólo una manera de hablar. ¡Qué cosas dice esta muchacha!	85	Las cartas comenzaron a llegar regularmente. Sencillo papel blanco y tinta negra, una escritura de trazos grandes y precisos. Algunas hablaban de la vida en el campo, de las estaciones y los animales, otras de poetas ya muertos y de los pensamientos que escribieron. A veces el sobre incluía un libro o un dibujo hecho con los mismos trazos firmes de la caligrafía. Analía se propuso no leerlas, fiel a la idea de que cualquier cosa relacionada con su tío escondía algún peligro, pero en el aburrimiento del colegio las cartas representaban su única posibilidad de volar. Se escondía en el desván, no ya a inventar cuentos improbables, sino a releer con avidez las notas enviadas por su primo hasta conocer de memoria la inclinación de las letras y la textura del papel. Al principio no las contestaba, pero al poco tiempo no pudo dejar de hacerlo. El contenido de las cartas se fue haciendo cada vez más útil para burlar la censura de la Madre Superiora, que abría toda la correspondencia. Creció la intimidad entre los dos y pronto lograron ponerse de acuerdo en un código secreto con el cual empezaron a hablar de amor.
45	—¿Veremos qué, tío? —Veremos lo que más te conviene. —¿Cuáles son mis alternativas? —Siempre necesitarás a un hombre que administre el campo, niña. Yo lo he hecho todos estos años y no ha sido tarea fácil, pero es mi obligación, se lo prometí a mi hermano en su última hora y estoy dispuesto a seguir haciéndolo por ti. —No deberá hacerlo por mucho tiempo más, tío. Cuando me case me haré cargo de mis tierras. —¿Cuándo se case, dijo la chiquilla? Dígame, Madre, ¿es que tiene algún pretendiente? —¿Cómo se le ocurre, señor Torres! Cuidamos mucho a las niñas. Es sólo una manera de hablar. ¡Qué cosas dice esta muchacha!	90	Analía Torres no recordaba haber visto jamás a ese primo que se firmaba Luis, porque cuando ella vivía en casa de su tío el muchacho estaba interno en un colegio en la capital. Estaba segura de que debía ser un hombre feo, tal vez enfermo contrahecho, porque le parecía imposible que a una sensibilidad tan profunda y una inteligencia tan precisa se sumara un aspecto atraeyente. Trataba de dibujar en su mente una imagen del primo: rechoncho como su padre con la cara picada de viruelas, cojo y medio calvo; pero mientras más defectos le agregaba más se inclinaba a amarlo. El brillo del espíritu era lo único importante,
50	—¿Veremos qué, tío? —Veremos lo que más te conviene. —¿Cuáles son mis alternativas? —Siempre necesitarás a un hombre que administre el campo, niña. Yo lo he hecho todos estos años y no ha sido tarea fácil, pero es mi obligación, se lo prometí a mi hermano en su última hora y estoy dispuesto a seguir haciéndolo por ti. —No deberá hacerlo por mucho tiempo más, tío. Cuando me case me haré cargo de mis tierras. —¿Cuándo se case, dijo la chiquilla? Dígame, Madre, ¿es que tiene algún pretendiente? —¿Cómo se le ocurre, señor Torres! Cuidamos mucho a las niñas. Es sólo una manera de hablar. ¡Qué cosas dice esta muchacha!	95	Analía Torres no recordaba haber visto jamás a ese primo que se firmaba Luis, porque cuando ella vivía en casa de su tío el muchacho estaba interno en un colegio en la capital. Estaba segura de que debía ser un hombre feo, tal vez enfermo contrahecho, porque le parecía imposible que a una sensibilidad tan profunda y una inteligencia tan precisa se sumara un aspecto atraeyente. Trataba de dibujar en su mente una imagen del primo: rechoncho como su padre con la cara picada de viruelas, cojo y medio calvo; pero mientras más defectos le agregaba más se inclinaba a amarlo. El brillo del espíritu era lo único importante,
55	—¿Veremos qué, tío? —Veremos lo que más te conviene. —¿Cuáles son mis alternativas? —Siempre necesitarás a un hombre que administre el campo, niña. Yo lo he hecho todos estos años y no ha sido tarea fácil, pero es mi obligación, se lo prometí a mi hermano en su última hora y estoy dispuesto a seguir haciéndolo por ti. —No deberá hacerlo por mucho tiempo más, tío. Cuando me case me haré cargo de mis tierras. —¿Cuándo se case, dijo la chiquilla? Dígame, Madre, ¿es que tiene algún pretendiente? —¿Cómo se le ocurre, señor Torres! Cuidamos mucho a las niñas. Es sólo una manera de hablar. ¡Qué cosas dice esta muchacha!	100	Analía Torres no recordaba haber visto jamás a ese primo que se firmaba Luis, porque cuando ella vivía en casa de su tío el muchacho estaba interno en un colegio en la capital. Estaba segura de que debía ser un hombre feo, tal vez enfermo contrahecho, porque le parecía imposible que a una sensibilidad tan profunda y una inteligencia tan precisa se sumara un aspecto atraeyente. Trataba de dibujar en su mente una imagen del primo: rechoncho como su padre con la cara picada de viruelas, cojo y medio calvo; pero mientras más defectos le agregaba más se inclinaba a amarlo. El brillo del espíritu era lo único importante,
60	—¿Veremos qué, tío? —Veremos lo que más te conviene. —¿Cuáles son mis alternativas? —Siempre necesitarás a un hombre que administre el campo, niña. Yo lo he hecho todos estos años y no ha sido tarea fácil, pero es mi obligación, se lo prometí a mi hermano en su última hora y estoy dispuesto a seguir haciéndolo por ti. —No deberá hacerlo por mucho tiempo más, tío. Cuando me case me haré cargo de mis tierras. —¿Cuándo se case, dijo la chiquilla? Dígame, Madre, ¿es que tiene algún pretendiente? —¿Cómo se le ocurre, señor Torres! Cuidamos mucho a las niñas. Es sólo una manera de hablar. ¡Qué cosas dice esta muchacha!	105	Analía Torres no recordaba haber visto jamás a ese primo que se firmaba Luis, porque cuando ella vivía en casa de su tío el muchacho estaba interno en un colegio en la capital. Estaba segura de que debía ser un hombre feo, tal vez enfermo contrahecho, porque le parecía imposible que a una sensibilidad tan profunda y una inteligencia tan precisa se sumara un aspecto atraeyente. Trataba de dibujar en su mente una imagen del primo: rechoncho como su padre con la cara picada de viruelas, cojo y medio calvo; pero mientras más defectos le agregaba más se inclinaba a amarlo. El brillo del espíritu era lo único importante,
65	—¿Veremos qué, tío? —Veremos lo que más te conviene. —¿Cuáles son mis alternativas? —Siempre necesitarás a un hombre que administre el campo, niña. Yo lo he hecho todos estos años y no ha sido tarea fácil, pero es mi obligación, se lo prometí a mi hermano en su última hora y estoy dispuesto a seguir haciéndolo por ti. —No deberá hacerlo por mucho tiempo más, tío. Cuando me case me haré cargo de mis tierras. —¿Cuándo se case, dijo la chiquilla? Dígame, Madre, ¿es que tiene algún pretendiente? —¿Cómo se le ocurre, señor Torres! Cuidamos mucho a las niñas. Es sólo una manera de hablar. ¡Qué cosas dice esta muchacha!	110	Analía Torres no recordaba haber visto jamás a ese primo que se firmaba Luis, porque cuando ella vivía en casa de su tío el muchacho estaba interno en un colegio en la capital. Estaba segura de que debía ser un hombre feo, tal vez enfermo contrahecho, porque le parecía imposible que a una sensibilidad tan profunda y una inteligencia tan precisa se sumara un aspecto atraeyente. Trataba de dibujar en su mente una imagen del primo: rechoncho como su padre con la cara picada de viruelas, cojo y medio calvo; pero mientras más defectos le agregaba más se inclinaba a amarlo. El brillo del espíritu era lo único importante,
70	—¿Veremos qué, tío? —Veremos lo que más te conviene. —¿Cuáles son mis alternativas? —Siempre necesitarás a un hombre que administre el campo, niña. Yo lo he hecho todos estos años y no ha sido tarea fácil, pero es mi obligación, se lo prometí a mi hermano en su última hora y estoy dispuesto a seguir haciéndolo por ti. —No deberá hacerlo por mucho tiempo más, tío. Cuando me case me haré cargo de mis tierras. —¿Cuándo se case, dijo la chiquilla? Dígame, Madre, ¿es que tiene algún pretendiente? —¿Cómo se le ocurre, señor Torres! Cuidamos mucho a las niñas. Es sólo una manera de hablar. ¡Qué cosas dice esta muchacha!		

chubby / picada... pitted with smallpox / lame

se... signed himself

?

se... smoothed out the creases / mocking

behavior

everlasting

greed

originating

digno... worthy of trust / opportunity / trap

rear

stirring

healthy

will

plantation / te... belongs to you

me... I will take charge

Cómo... How can you think such a thing

lo único que resistiría el paso del tiempo sin deteriorarse e iría creciendo con los años, la belleza de esos héroes utópicos de los cuentos no tenía valor alguno y hasta podía convertirse en motivo de frivolidad, concluía la muchacha, aunque no podía evitar una sombra ° de inquietud en su razonamiento. ° Se preguntaba cuánta deformidad sería capaz de tolerar.

La correspondencia entre Analía y Luis Torres duró dos años, al cabo de los cuales la muchacha tenía una caja de sombrero llena de sobres y el alma definitivamente entregada. Si cruzó por su mente la idea de que aquella relación podría ser un plan de su tío para que los bienes que ella había heredado de su padre pasaran a manos de Luis, la descartó de inmediato, avergonzada de su propia mezquindad. El día en que cumplió dieciocho años, la Madre Superiora la llamó al refectorio porque había una visita esperándola. Analía Torres advino quién era y estuvo a punto de correr a esconderse en el desván de los santos olvidados, aterrada ante la eventualidad de enfrentar por fin al hombre que había imaginado por tanto tiempo. Cuando entró en la sala y estuvo frente a él necesitó varios minutos para vencer la desilusión.

Luis Torres no era el enano retorcido ° que ella había construido en sueños y había aprendido a amar. Era un hombre bien plantado, con un rostro ° simpático de rasgos ° regulares, la boca todavía infantil, una barba oscura y bien cuidada, ojos claros de pestañas ° largas, pero vacíos de expresión. Se parecía un poco a los santos de la capilla, demasiado bonito y un poco bobalicon. ° Analía se repuso ° del impacto y decidió que si había aceptado en su corazón a un jorobado, ° con mayor razón podía querer a este joven elegante que la besaba en una mejilla ° dejándole un rastro ° de lavanda en la nariz.

\* \* \* \*

Desde el primer día de casada Analía detestó a Luis Torres.

Cuando la aplastó ° entre las sábanas bordadas ° de una cama demasiado blanda, ° supo que se había enamorado de un fantasma ° y que nunca podría trasladar esa pasión imaginaria a la realidad de su matrimonio. Combatió sus sentimientos con determinación, primero descartándolos como un vicio y luego, cuando fue imposible seguir ignorándolos, tratando de llegar al fondo ° de su propia alma para arrancárselos de raíz. ° Luis era gentil y hasta divertido a veces, no la molestaba con exigencias ° desproporcionadas ni trató de modificar su tendencia a la soledad ° y al silencio. Ella misma admitía que un poco de

buena voluntad ° de su parte podía encontrar en esa relación cierta felicidad, al menos tanta como hubiera obtenido tras un hábito de monja. No tenía motivos precisos para esa extraña repulsión por el hombre que había amado por dos años sin conocer. Tampoco lograba poner en palabras sus emociones, pero si hubiera podido hacerlo no habría tenido nadie con quien comentarlo. Se sentía burlada al no poder conciliar ° la imagen del pretendiente epistoliar con la de ese marido de carne y hueso. ° Luis nunca mencionaba las cartas cuando ella tocaba el tema, él le cerraba la boca con un beso rápido y alguna observación ligera sobre ese romanticismo tan adecuado a la vida matrimonial, en la cual la confianza, el respeto, los intereses comunes y el futuro de la familia importaban mucho más que una correspondencia de adolescentes. No había entre los dos verdadera intimidad. Durante el día cada uno se desempeñaba ° en sus quehaceres ° y por las noches se encontraban entre las almohadas de plumas, donde Analía acostumbrada a su camastro ° del colegio creía sofocarse. A veces se abrazaban de prisa, ° ella inmóvil y tensa, él con la actitud de quien cumple ° una exigencia del cuerpo porque no puede evitarlo. Luis se dormía de inmediato, ella se quedaba con los ojos abiertos en la oscuridad y una protesta atravesada ° en la garganta. Analía intentó diversos medios para vencer el rechazo ° que él le inspiraba, desde el propósito de fijar ° en la memoria cada detalle de su marido con el fin de todo pensamiento y trasladarse a una dimensión donde él no pudiera alcanzarla. ° Rezaba para que fuera sólo una repugnancia transitoria, pero pasaron los meses y en vez del alivio esperado creció la animosidad hasta convertirse en odio. ° Una noche se sorprendió soñando con un hombre horrible que la acariciaba ° con los dedos manchados ° de tinta ° negra.

Los esposos Torres vivían en la propiedad adquirida por el padre de Analía cuando ésta era todavía una región medio salvaje, ° tierra de soldados y bandidos. Ahora se encontraba junto a la carretera y a poca distancia de un pueblo próspero, donde cada año se celebraban ferias agrícolas y ganaderas. ° Legalmente Luis era el administrador del fundo, ° pero en realidad era el tío Eugenio quien cumplía esa función, porque a Luis le aburrían los asuntos ° del campo. Después del almuerzo, cuando padre e hijo se instalaban en la biblioteca a beber cañac y jugar dominó, Analía oía a su tío decidir sobre las inversiones, los animales, las siembras ° y las cosechas. ° En las raras ocasiones en que ella se atrevía ° a intervenir para dar una opinión, los dos hombres la

de... good will  
115  
120  
125  
130  
135  
140

reconcile  
came... flesh and blood  
160  
165  
170  
175  
180

se... would occupy himself or herself / chores  
wretched bed  
hurriedly / obeys; fulfills  
stuck  
para... to overcome the rejection / to fix  
reach her  
hate  
caressed / stained / ink  
wild  
livestock  
rural property  
affairs  
sowing / harvests  
would venture

115  
120  
125  
130  
135  
140

shadow / reasoning  
145  
150

el... the twisted dwarf  
face / features  
eyelashes / Se... He resembled  
nitwit / se... recovered  
hunchback  
cheek  
scent

la... crushed her / emboldened / soft  
ghost  
bottom / arrancárselos... root them out  
demandés  
loneliness

<p>cunning way of doing things cattle farms, cattle fields</p> <p>su... her withdrawn personality</p> <p>dar... giving birth ? / narrow hard</p> <p>room / she avoided estar... to be alone advised; warned / más... it was to her advantage</p> <p>cunning, sneaky</p> <p>armor</p> <p>pareció... seemed to be crying up (willing) inside</p> <p>mischief; pranks, capers hiding</p> <p>affairs</p> <p>lo... replaced him</p> <p>se... would collapse soaked</p> <p>unsettled / ready /irse... to go on a spree, binge again</p>	<p>escuchaban con aparente atención, asegurándole que tendrían en cuenta sus sugerencias, pero luego actuaban a su amaño.° A veces Analía salía a galopar por los potreros° hasta los límites de la montaña deseando haber sido hombre.</p> <p>El nacimiento de un hijo no mejoró en nada los sentimientos de Analía por su marido. Durante los meses de la gestación se acentuó su carácter retraído°, pero Luis no se impacientó, atribuyéndolo a su estado. De todos modos, él tenía otros asuntos en los cuales pensar. Después de dar a luz°, ella se instaló en otra habitación, amueblada° solamente con una cama angosta° y dura.° Cuando el hijo cumplió un año todavía la madre cerraba con llave la puerta de su aposento° y evitaba° toda ocasión de estar a solas° con él, Luis decidió que ya era tiempo de exigir un trato más considerado y le advirtió° a su mujer que más le valía° cambiar de actitud, antes que rompiera la puerta a tiros. Ella nunca lo había visto tan violento. Obedeció sin comentarios. En los siete años siguientes la tensión entre ambos aumentó de tal manera que terminaron por convertirse en enemigos solapados°, pero eran personas de buenos modales y delante de los demás se trataban con una exagerada cortesía. Sólo el niño sospechaba el tamaño de la hostilidad entre sus padres y despertaba a medianoche llorando, con la cama mojada. Analía se cubrió con una coraza° de silencio y poco a poco pareció irse secando por dentro.° Luis, en cambio, se volvió más expansivo y frívolo, se abandonó a sus múltiples apetitos, bebía demasiado y solía perderse por varios días en inconfesables travesuras.° Después, cuando dejó de disimular° sus actos de disipación, Analía encontró buenos pretextos para alejarse aún más de él. Luis perdió todo interés en las faenas° del campo y su mujer lo reemplazó,° contenta de esa nueva posición. Los domingos el tío Eugenio se quedaba en el comedor discutiendo las decisiones con ella, mientras Luis se hundía° en una larga siesta, de la cual resucitaba al anochecer, empapado° en sudor y con el estómago revuelto,° pero siempre dispuesto° a irse otra vez de jarana° con sus amigos.</p> <p>Analía le enseñó a su hijo los rudimentos de la escritura y la aritmética y trató de iniciarlo en el gusto por los libros. Cuando el niño cumplió siete años Luis decidió que ya era tiempo de darle una educación más formal, lejos de los mimos de la madre, y quiso mandarlo a un colegio en la capital, a ver si se hacía hombre de prisa, pero Analía se le puso por delante con tal ferocidad, que tuvo que aceptar una solución menos drástica. Se</p>	<p>200</p> <p>205</p> <p>210</p> <p>215</p> <p>220</p> <p>225</p> <p>230</p> <p>235</p>	<p>lo llevó a la escuela del pueblo, donde permanecía interno de lunes a viernes, pero los sábados por la mañana iba el coche a buscarlo para que volviera a casa hasta el domingo. La primera semana Analía observó a su hijo llena de ansiedad, buscando motivos para retenerlo a su lado, pero no pudo encontrarlos. La criatura parecía contenta, hablaba de su maestro y de sus compañeros con genuino entusiasmo, como si hubiera nacido entre ellos. Dejó de orinarse en la cama. Tres meses después llegó con su boleta de notas° y una breve carta del profesor felicitándolo por su buen rendimiento.° Analía la leyó temblando y sonrió por primera vez en mucho tiempo. Abrazó a su hijo conmovida, interrogándolo sobre cada detalle, cómo eran los dormitorios, qué le daban de comer, si hacía frío por las noches, cuántos amigos tenía, cómo era su maestro. Pareció mucho más tranquila y no volvió a hablar de sacarlo de la escuela. En los meses siguientes el muchacho trajo siempre buenas calificaciones, que Analía coleccionaba como tesoros y retribuía° con frascos° de mermelada y canastos de frutas para toda la clase. Trataba de no pensar en que esa solución apenas alcanzaba para la educación primaria, que dentro de pocos años sería inevitable mandar al niño a un colegio en la ciudad y ella sólo podría verlo durante las vacaciones.</p> <p>En una noche de peíotera° en el pueblo Luis Torres, que había bebido demasiado, se dispuso a hacer piruetas en un caballo ajeno° para demostrar su habilidad de jinete° ante un grupo de compinches° de taberna. El animal lo lanzó al suelo°, y de una patada° le reventó° los testículos. Nueve días después Torres murió aullando° de dolor en una clínica de la capital, donde lo estaba su mujer, llorando de culpa por el amor que nunca pudo darle y de alivio porque ya no tendría que seguir rezando para que se muriera. Antes de volver al campo con el cuerpo en un féretro° para enterrarlo en su propia tierra, Analía se compró un vestido blanco y lo metió en el fondo de su maleta. Al pueblo llegó de luto,° con la cara cubierta por un velo de viuda para que nadie le viera la expresión de los ojos, y del mismo modo se presentó en el funeral, de la mano de su hijo, también con traje negro. Al término de la ceremonia el tío Eugenio, que se mantenía muy saludable a pesar de° sus setenta años bien gastados, le propuso a su nuera que le cediera° las tierras y se fuera a vivir de sus rentas° a la ciudad, donde el niño terminaría su educación y ella podría olvidar las penas° del pasado.</p>	<p>240</p> <p>245</p> <p>250</p> <p>255</p> <p>260</p> <p>265</p> <p>270</p> <p>275</p>	<p>grades would repay / jars</p> <p>bawling</p> <p>belonging to someone else / horseman / crochets / lo... threw him on the ground kick / burst</p> <p>howling</p> <p>coffin</p> <p>de... in mourning</p> <p>a... in spite of le... to transfer to him income hardships</p>
---	--	---	--	---	---

me... deceived me	280	325	no se puso de pié, porque sus muletas° estaban en un rincón, demasiado lejos para alcanzarlas sin arrastrar° la silla. Analía cruzó el pasillo entre dos hileras° de pupitres y se detuvo frente a él.	<i>crutches dragging ?</i>
Nada... You will not back anything	285	330	—Porque no se me escapa, Analía, que mi pobre Luis y tú nunca fueron felices —dijo. —Tiene razón, tío. Luis me engañó° desde el principio. —Por Dios, hija, él siempre fue muy discreto y respetuoso contigo. Luis fue un buen marido. Todos los hombres tienen pequeñas aventuras, pero eso no tiene la menor importancia. —No me refiero a eso, sino a un engaño irremediable. —No quiero saber de qué se trata. En todo caso, pienso que en la capital el niño y tú estarán mucho mejor. Nada les faltará. Yo me haré cargo de la propiedad, estoy viejo pero no acabado y todavía puedo voltear un toro. —Me quedará aquí. Mi hijo se quedará también, porque tiene que ayudarme en el campo. En los últimos años he trabajado más en los potreros que en la casa. La única diferencia será que ahora tomaré mis decisiones sin consultar con nadie. Por fin esta tierra es sólo mía. Adiós, tío Eugenio. En las primeras semanas Analía organizó su nueva vida. Empezó por quemar° las sábanas que había compartido° con su marido y trasladar su cama angosta a la habitación principal; enseguida° estudió a fondo° los libros de administración de la propiedad, y apenas tuvo una idea precisa de sus bienes buscó un capataz° que ejecutara sus órdenes sin hacer preguntas. Cuando sintió que tenía todas las riendas° bajo control buscó su vestido blanco en la maleta, lo planchó° con esmero°, se lo puso y así ataviada° se fue en su coche a la escuela del pueblo, llevando bajo el brazo una vieja caja de sombreros. Analía Torres esperó en el patio que la campana de las cinco anunciara el fin de la última clase de la tarde y el tropel° de los niños saliera al recreo. Entre ellos venía su hijo en alegre carrera, quien al verla se detuvo en seco, porque era la primera vez que su madre aparecía en el colegio. —Muéstrame tu aula, quiero conocer a tu maestro —dijo ella. En la puerta Analía le indicó al muchacho que se fuera, porque ése era un asunto privado, y entró sola. Era una sala grande y de techos° altos, con mapas y dibujos de biología en las paredes. Había el mismo olor a encierro° y a sudor de niños que había marcado su propia infancia, pero en esta oportunidad no le molestó, por el contrario, lo aspiró° con gusto. Los pupitres se veían desordenados por el día de uso, había algunos papeles en el suelo y tinteros abiertos. Alcanzó° a ver una columna de números en la pizarra. Al fondo, en un escritorio sobre una plataforma, se encontraba el maestro. El hombre levantó la cara sorprendido y	<i>I take this opportunity peddle... to ask for an explanation / ?</i>
voltear... turn a bull on its back	290	335	—¿Qué es esto? Ella abrió la caja y sacó las cartas de amor que había guardado todo ese tiempo. Por un largo instante él paseó la vista sobre aquel cerro° de sobres. —Usted me debe once años de mi vida —dijo Analía. —¿Cómo supo que yo las escribí? —baluceó° él cuando logró sacar la voz que se le había atascado° en alguna parte. —El mismo día de mi matrimonio descubrí que mi marido no podía haberlas escrito y cuando mi hijo trajo a la casa sus primeras notas, reconocí la caligrafía. Y ahora que estoy mirando no me cabe ni la menor duda,° porque yo a usted lo he visto en sueños desde que tengo dieciséis años. ¿Por qué lo hizo? —Luis Torres era mi amigo y cuando me pidió que le escribiera una carta para su prima no me pareció que hubiera nada de malo. Así fue con la segunda y la tercera: después, cuando usted me contestó, ya no pude retroceder.° Esos dos años fueron los mejores de mi vida, los únicos en que he esperado algo. Esperaba el correo. —Ajá. —¿Puede perdonarme? —De usted depende —dijo Analía pasándole las muletas. El maestro se colocó la chaqueta y se levantó. Los dos salieron al bullicio del patio, donde todavía no se había puesto el sol.	<i>hill stammered se... had gotten stuck no... I don't have the slightest doubt go back</i>
burning / habla... had shared	295	340		
at once / a... thoroughly	300	345		
foreman reins ironed / con... with painstaking care / decked out	305	350		
mob	310			
se... stopped dead in his tracks	315			
ceilings confinement	320			
inhaled She managed Al... At the back				